

HISTORIOGRAFÍA, NACIÓN Y ALTERIDADES RACIALES EN COLOMBIA, 1853-1869

Álvaro Andrés Villegas-Vélez

Becario y candidato a Doctor en Historia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín; Antropólogo, Universidad de Antioquia. Correo electrónico: aavilleg@unal.edu.co

Este artículo es un avance de investigación de la tesis doctoral en curso: "Nación, civilización y alteridad en Colombia (1848-1941): representaciones sobre la población y el territorio", que cuenta con el apoyo financiero de la Universidad Nacional de Colombia a través de la Convocatoria Nacional de Investigación 2008, Modalidad 6.

Abstract

Through an indepth analysis of writings published between 1853 and 1869, this article demonstrates that the writing of history in Colombia was influenced by the modern-colonial experience of learned citizens. From this perspective, the 19th century writers perceived and described a world in which the racial characters, the singularities of the environment and the local customs, were the basic interpretive tools in order to understand the past, modify the present and construct the future. This resulted in a historiography whereby the national territory, the person and the understanding of time, were fractured by the presence of inappropriate alterities.

Key words authors:

Writing history, modernity/coloniality, racials alterities, nation.

Key words plus:

Colombia, History, Cologne, Colombia, Race relations, Colombia, Historiography.

Resumen

A través de la revisión de varios escritos publicados entre 1853 y 1869, este artículo plantea que la escritura de la historia en Colombia estuvo marcada por la experiencia moderna colonial de los letrados nacionales. Desde este lugar de enunciación, ellos percibieron y describieron un mundo en el que los caracteres raciales, las singularidades del medio ambiente y las costumbres eran las claves interpretativas básicas para comprender el pasado, modificar el presente y construir el futuro. Esto dio lugar a una producción historiográfica en la cual la unidad del territorio, del sujeto y de la temporalidad nacional era fracturada por la presencia de unas alteridades inapropiables.

Palabras clave autor:

Escritura de la historia, modernidad/colonialidad, alteridades raciales, nación.

Palabras clave descriptor:

Colombia, Historia, Colonia, Colombia, Relaciones raciales, Colombia, Historiografía.

Resumo

Através da revisão de artigos vários que foram publicados entre 1853 e 1869, este aqui apresentado afirma que a escritura da história na Colômbia marcou-se pela experiência moderno/colonial dos letrados nacionais. Partindo deste lugar de enunciação, eles perceberam e descreveram um mundo no qual os caracteres raciais, as singularidades do meio ambiente e as costumes eram as chaves de interpretação básicas para compreender o passado, mudar o presente e construir o futuro. Isto abriu as portas para uma produção historiográfica na qual a unidade do território, do sujeito e da temporalidade nacional foram fraturadas pela presença de umas alteridades não próprias.

Palavras-chave:

Escritura da história, modernidade/colonialidade, alteridades raciais, nação

Introducción

A Germán Colmenares ('Historia' 7-23; *Convenciones*) debemos, entre otras cosas, el habernos señalado la importancia de la historiografía decimonónica. Para él, lejos de ser una historia patria trivial y vacía, era un género, ambivalente y ambiguo, de suma importancia para los proyectos de construcción nacional en la América hispánica. Desde su perspectiva, llena de sugerencias y matices, la tensión y, por ende, el interés de esta historiografía se desprendía de las relaciones entre las convenciones narrativas importadas de Europa y la heterogénea realidad americana. En este artículo se reformula esta hipótesis y se propone que las convenciones contra la cultura, centrales en la configuración de la historiografía decimonónica, no fueron narrativas sino epistemológicas, producto de la experiencia moderno/colonial de los letrados nacionales.

Desde este lugar de enunciación, ellos percibieron y describieron un mundo en el que los caracteres raciales, las singularidades del medio ambiente y las costumbres eran las claves interpretativas básicas para comprender el pasado, modificar el presente y construir el futuro. Esto dio lugar a una producción historiográfica en la cual la unidad del territorio, del sujeto y de la temporalidad nacional, era fracturada por la presencia de unas alteridades inapropiables.

Las élites letradas de la segunda mitad del siglo XIX estuvieron marcadas por el deseo civilizador (Rojas), que incluía la inserción económica en los mercados internacionales, el ingreso al concierto de las naciones civilizadas, el control territorial de las extensas zonas periféricas, la unificación de la población y la oposición, en todos los ámbitos, de la civilización a la barbarie. No obstante, este deseo no puede ser reducido a su dimensión homogeneizadora, pues a la par traía consigo procesos de diferenciación que hicieron del Estado nacional en formación un campo de interlocución conflictivo, en el cual se confrontaban diversas formas de elaborar y referirse a la diferencia y a la desigualdad. En medio de estas luchas, algunos grupos humanos fueron definidos como *Otros*, replicas dobles, inversas o complementarias, pero siempre subalternas, de

un *sí mismo* definido justamente por este contraste.¹

La oposición entre la barbarie de la alteridad y la civilización urbana y letrada era construida y administrada diferencialmente, según quién la representara, en qué momento y ante quiénes. En definitiva, era profundamente contextual, y no homogénea y estable, como tradicionalmente se ha descrito, aunque algunos territorios y los grupos que habitaban en ellos fueron más asociados a la barbarie que otros.

La escritura de la historia en un contexto moderno/colonial

El siglo XIX fue el siglo de la historiografía por excelencia. Tanto en Europa como en la América hispánica las transformaciones sociales fueron tratadas dentro de una narrativa que tenía al Estado nacional como eje espacial y temporal. En un interesante examen del siglo XIX, Mauricio Tenorio Trillo (*Argucias*) señala que la historiografía de esta época se caracterizó por tres acentos: las emancipaciones como origen de las sociedades, la vinculación de la historiografía con la literatura y con la escritura en general, y la constante preocupación por la barbarie y la civilización.

El primer acento muestra claramente la intención de toda historiografía, tal como lo ha planteado Michel de Certeau (*Escritura*), de separar su presente de su pasado, de dejar de ser lo que se fue. Simultáneamente, los letrados buscaban crearse un lugar propio, en el tiempo y en el espacio, a través de lo que excluían. La escritura de la historia en la América hispánica y Colombia² no fue la excepción, y se caracterizó por la construcción de fronteras entre la Colonia y la República, entre el pasado y el presente, entre los gobiernos civilizadores y los caudillismos bárbaros, entre los criollos y las castas (Dávila).

Es más, mientras los primeros eran ubicados implícitamente en el cuadrilátero histórico conformado

1 Estos otros operan como materializaciones de la alteridad. Bernard (105-133).

2 Durante el período estudiado se tuvieron como nombres oficiales: República de Nueva Granada (1834-1858), República de Colombia (1858), Confederación Granadina (1858-1860), Estados Unidos de Nueva Granada (1860-1861) y Estados Unidos de Colombia (1861-1886).

por los vértices de la escritura, la historicidad, la identidad y la conciencia, las segundas fueron ubicadas en el cuadrilátero etnológico, limitado por la oralidad –comunicación propia de las sociedades bárbaras o tradicionales que impedía la producción y la acumulación de conocimiento verdadero–, la espacialidad –propia de una población dominada por su entorno y sin historia–, la alteridad –como diferencia que plantea una ruptura cultural y que es transformada en desigualdad– y la inconsciencia –propia de quienes necesitan ser representados desde afuera, pues son incapaces de hacerlo ellos mismos (Certeau).

Las representaciones sociales sobre las razas y, por ende, la elaboración de alteridades raciales fueron centrales en la construcción de las fronteras propias de la escritura de la historia y, en general, en el aparato epistemológico decimonónico (Tenorio). La ruptura con el colonialismo no implicó, entonces, una ruptura con la colonialidad del poder/saber/ser propia del mundo moderno/colonial, la cual permitió la codificación de la diferencia en tipos raciales, la vinculación de las formas de trabajo y la naturaleza al capitalismo global, la formación de subjetividades subalternas y hegemónicas, la jeraquización de los saberes y la supremacía de las formas de conocimiento occidental, y un intenso escepticismo misántrópo que duda de la humanidad de los *otros* y los transforma, de ese modo, en seres eximidos (Castro-Gómez; Maldonado-Torres 127-167; Mignolo; Quijano 93-126).

Alteridades, colonialidad e historiografía en Colombia

La historiografía decimonónica en nuestro país es un buen ejemplo de dicha colonialidad. Ejemplo que ha pasado relativamente inadvertido dado el rechazo a priori sufrido por dicha historiografía, a pesar de las advertencias hechas por Germán Colmenares, que al parecer solamente empiezan a despertar interés recientemente.

José Manuel Restrepo³ (1781-1863), considerado generalmente como el primer historiador

colombiano, es un buen punto de partida para pensar las convenciones contra la cultura, dado el éxito de su relato, el cual se ha convertido en una verdadera prisión historiográfica en la que la crítica a sus interpretaciones deja incólume su estructura narrativa y fáctica (Betancourt-Mendieta; Colmenares, 'Historia'; Múnera).

Alfonso Múnera (13-14) ha argumentado que Restrepo produjo tres grandes mitos que aún hoy están vigentes. El primero de ellos fue que la Nueva Granada al momento de su emancipación era una unidad política administrada desde la ciudad de Santafé; el segundo consiste en la idea de que los criollos se levantaron el 20 de julio de 1810 con el fin de crear una nación independiente; el tercero sostiene que la emancipación fue una obra de los criollos en la que las castas o razas participaron como entes pasivos e ignorantes, alineados en uno u otro bando.

Para Restrepo, como para el resto de los hombres de letras, la narración se construía en torno a la tensión *presente*, entre el pasado y el futuro. En su obra la emancipación era el origen de un mundo nuevo, pero también una época de transición entre la oscuridad de la Colonia y la luz de la civilización republicana. Pero esta tensión entre el pasado y el futuro se transformaba rápidamente en un conflicto que enfrentaba a los criollos contra las castas, como el mismo Colmenares (*Convenciones* 31) lo alcanzó a vislumbrar cuando planteó que “El miedo al pasado era también el miedo a un mestizaje oscuro al que podía atribuirse una herencia extraña e imprevisible de violencia ancestral. Este miedo de una sociedad bárbara excluía absolutamente el sueño de una unidad”.

La escritura de la historia tenía, entonces, dos funciones principales: una función política - pedagógica, pues, tal como lo planteaba el liberal radical José María Samper (*Apuntamientos* 161) (1828-1888), “La historia deriva su importancia para el linaje humano del hecho de tener una misión eminentemente moralizadora y política por sus enseñanzas inmortales”; y una función mimética⁴ dentro de la cual se debía representar

tada, en Benseñon (1858), en esta edición, corregida y ampliada como lo enuncia Restrepo, se extendió el marco temporal de 1819 a 1832 y se agregó una historia de la revolución en Venezuela. La edición utilizada para este artículo se basa en esta última.

4 Sergio Mejía (63-85), Consuelo Ospina de Fernández (49-67) e Inés Quintero (93-113) han señalado la importancia que la crítica de fuentes tuvo para los historiadores decimonónicos.

3 Restrepo publicó la *Historia de la revolución de Colombia* en París (1827), la disolución de la primera Colombia que integraba territorios pertenecientes a las actuales Colombia, Panamá, Venezuela y Ecuador, lo hizo publicar una segunda edición, corregida y aumen-

la realidad con imparcialidad y objetividad, tal como lo expresaba Restrepo en la advertencia a su *Historia* o José Manuel Groot⁵ (1800-1878):

He preferido, en mucha parte de esta obra, las inserciones de textos originales a los relatos propios; porque es cierto que cuanto más un historiador deje hablar a los contemporáneos, en lugar de hablar él por ellos, tanto más garantiza la verdad de sus apreciaciones, y tanto más satisfecho queda el lector. No se tiene la misma fe en el retrato hecho por un pintor, que en el de una fotografía; porque aquél puede haber hecho favor o desfavor a la persona, o puede no haber sido muy feliz en la ejecución, mientras que de la máquina fotográfica nadie desconfía porque ella reproduce la misma verdad. Esta es la diferencia que hay entre decir lo que dijo otro, a oírse decir a el mismo (10).

El estudio del pasado servía para actuar en el presente, solo cuando en él se analizaba realísticamente las condiciones de la sociedad que ese mismo pasado había legado. El letrado conservador Sergio Arboleda (1822-1888) en una obra publicada originalmente en 1869 lo señaló así: “es preciso estudiar nuestros pueblos a la luz de su propia historia y teniendo en consideración su carácter, su posición, las razas que los componen y sus diferentes manera de vivir” (79).

El análisis desapasionado de las razas, del medio y de las tradiciones era, pues, la clave para encontrar soluciones a una revolución que se había transformado en una serie constante de rebeliones. En efecto, la mayor parte de la historiografía se había dedicado a justificar la revolución al convertir al período colonial en una sombra oscura que se proyectaba sobre el presente y a la raza española en un grupo poco apto para la labor civilizadora, que llevó incluso a una valoración positiva del indígena prehispánico (Samper *Apuntamientos* 163):⁶

Si probamos, pues, que la lucha [entre indígenas y peninsulares] existía, i que de los dos elementos componentes de la nueva sociedad, el mejor, el mas puro, el mas fecundo para

el porvenir, era el elemento indígena, la dominación que alcanzó el contrario nos dará la clave del problema histórico de nuestra condición social, el extremo del hilo que por entre el laberinto nuestro de nuestras revoluciones, nos conducirá al conocimiento de la verdad política.

La valoración del pasado prehispánico muestra simultáneamente la flexibilidad y la fortaleza colonial del poder/saber/ser, ya que permite reivindicar grupos que son generalmente descalificados, sin salirse de una clasificación social sustentada en criterios raciales. Esta misma flexibilidad tolera una defensa del legado y la raza hispánicos sin impugnar la emancipación, tal como lo hacen Sergio Arboleda y José Manuel Groot.

Tanto en estos dos letrados como en José María Samper y José Manuel Restrepo, lo que está en juego es la fundación de un nuevo orden social y el lugar que les corresponde en él a los diversos grupos sociales, regionales y raciales. A pesar de la utopía que representaba el comienzo desde cero, estos letrados tuvieron que escribir la historia desde una sociedad que acababa de abolir la esclavitud y que todavía se interrogaba sobre las estrategias de integración y reducción de los indígenas. Hechos que impactaba el mismo pasado que se pretendía representar de una forma neutral.

Para Samper (*Ensayo*), por ejemplo, el criollo había sido el impulso y el cerebro de la revolución, los indígenas habían entrado a la guerra bajo la tutela de los caudillos y se habían comportado como buenos soldados y guerrilleros, aunque en su mayoría habían sido realistas; los negros, que sirvieron a ambos bandos, habían sido valientes en la victoria y cobardes cuando estaban vencidos. Para él y para Restrepo, los mulatos eran los mestizos que más habían entendido y aportado a la emancipación.

Diversos investigadores (Appelbaum; Appelbaum et ál.; Arias; Múnera; Restrepo) han mostrado la inestabilidad y ambigüedad del concepto de raza en el siglo XIX colombiano, que se superponía de forma frecuente a la noción, de mayor uso durante la Colonia, de castas. A pesar de la laxitud con que los letrados decimonónicos utilizaban el concepto y elaboraban las clasificaciones raciales, es posible señalar que la *raza* tenía que ver con el

5 *Historia* (10). Esta obra se publicó por primera vez en 1869. La edición utilizada para este artículo está basada en la segunda edición publicada en 1889.

6 Valoración que cobijó principalmente a los indígenas de las tierras altas, considerados más civilizados, y que trazó una discontinuidad entre los indígenas del pasado y los nativos contemporáneos a los letrados. Apreciaciones similares se pueden leer en la Peregrinación, publicado bajo el pseudónimo de Alpha, por el político y publicista liberal Manuel Ancizar.

fenotipo, el linaje, las costumbres, el lugar de nacimiento y el continente de origen de la raza, lo cual permitía escribir sobre la raza negra, etíope o africana, la raza americana o la raza indígena, la raza hispana o la raza blanca. A pesar de la polisemia del concepto y de su uso, es indudable que durante la segunda mitad del siglo XIX y durante la primera del siglo XX, que no es objeto de este artículo, los hombres de letras racializaron⁷ constantemente a la población colombiana.

Sin embargo, no se debe confundir la importancia de la clasificación racial de la población con alguna forma de determinismo racial. La raza servía como un elemento articulador del medio, las costumbres, la ascendencia y la apariencia, elementos que formaban una amalgama dúctil que permitía que la transformación de uno de ellos influenciara a los otros. La articulación entre raza y medio, en particular, estuvo enmarcada en un proceso de invención de una geografía patria que regionalizó la nación y racializó las regiones, construyendo una jerarquía moderna/colonial en la cual se les asignó a estas un determinado grado de moralidad, orden y capacidad de progreso. Esta división regional/racial fue inscrita en el ordenamiento espacial del emergente Estado nacional, al tiempo que contribuía a configurarlo (Appelbaum).

Las múltiples articulaciones posibles de las razas deberían relativizar las acusaciones que se les han hecho a los letrados decimonónicos de deterministas raciales, en la medida en que las características raciales podían ser modificaciones a través de la educación, el contacto con la civilización y el medio, principalmente.

La narración de los hechos de la emancipación ocurridos en el suroccidente colombiano ilustra la dimensión colonial de la historiografía nacional y los procesos de racialización y regionalización. En efecto, la provincia del Cauca fue frecuentemente denostada por la resistencia que indígenas, mulatos y negros opusieron a la independencia. La ciudad de Pasto se convirtió en uno de los símbolos de esta resistencia y, por ende, en

⁷ Por racialización se entiende los procedimientos mediante los cuales se construyeron y naturalizaron las diferencias entre grupos humanos e individuos, utilizando clasificaciones jerárquicas, sustentadas en la noción de raza y producidas en el marco de los legados nacionales de la colonialidad (Appelbaum; Appelbaum et al).

una ilustración viva de los efectos de la esclavitud hispana en las costumbres de los criollos y de las castas, en especial de los indígenas. Los pastusos en especial fueron recurrentemente tachados de ignorantes y fanáticos, y de nuevo fue Restrepo (*Historia 4*, 220) quien institucionalizó esta imagen: “Con estos y otros sermones semejantes, emanados de la boca de un Obispo y de un clero fanático, por no decir, embustero, los ignorantes pastusos corrieron, como siempre, a las armas, para degollar insurgentes, o con la muerte conseguir el martirio peleando por su amor el Rey”.

José María Samper (*Ensayo* 87), quien defendía el argumento de que los conflictos políticos y armados postindependentistas eran una prolongación de la lucha entre la Colonia y la República, calificaba al indígena pastuso de

... salvaje sedentario, bautizado, que habla español (aunque con provincialismos) y cree que el mundo está todo en sus montañas, sus pueblos y cortijos y sus fiestas parroquiales. Pequeño de cuerpo y rechoncho, de color bronceado más bien que cobrizo, con la mirada estúpida y concentrada, malicioso, astuto, desconfiado, y á veces pérfido, indolente en lo moral, pero laborioso y sufrido, fanático y supersticioso en extremo, el indio pastuso es un ser tan fácil de gobernar por medios clericales como indomable una vez que se declara en rebelión.

La importancia de la alteridad racial en la visión y división del mundo era de tal magnitud que incluso Sergio Arboleda (85), enconado contradictor político e historiográfico de Samper, concordaba con este:

Dondequiera que la raza cobriza, a que la americana pertenece, ha sido entregada a sus solos esfuerzos, nos la presenta la historia con los caracteres de una raza pasiva e inerte. [...]. El indígena americano es leal por veneración y respeto más que por amor: de costumbres generalmente puras, metódico, laborioso y respetuoso de la propiedad ajena, deja de serlo cuando se le ordena lo contrario; pues se mueve por prestigio y no por reflexión; hábil para las artes manuales, fía más en la maña que en la fuerza; y tenaz en sus hábitos, es difícil hacérselos cambiar, y toca en lo imposible penetrarle de pronto de una idea nueva. Por inclinación es religioso; mas, como obedece mucho y discurre poco, la religión es para él un precepto, jamás un sentimiento; y necesita que las ceremonias del culto externo le impongan respeto, veneración y temor.

Agustín Codazzi (454), al llegar a la provincia de Pasto en medio de sus labores en la Comisión Corográfica durante la década de 1850, resaltó la buena índole, sobriedad, laboriosidad y religiosidad de los pastusos, incluyendo a los indígenas. Para él, su genio, temible por la extrema ignorancia, el dominio de la superstición y el fanatismo religioso, podía ser superado por el contacto e integración con el resto de la república.

Por su parte, José Manuel Groot (*Historia IV*, 455), en su afán de destacar la presencia clerical en la historia de Colombia, niega que el realismo de los indígenas del sur de la provincia del Cauca se debiera a su fanatismo religioso y considera que fue causada por la dura represión –fusilamientos e imposición de tributos– a que fueron sometidos por los dirigentes patriotas en sus primeras campañas militares. Para este letrado la causa indígena se vio más perjudicada durante la república, momento en el cual sus formas organizativas fueron desarticuladas y se les cobró un tributo, ya no en plata ni en especie al rey, sino en sangre para la república, pues los batallones estaban, en su opinión, conformados mayoritariamente por indígenas que morían por disputas ajenas a sus intereses (Groot *Historia I*, 492).

El planteamiento de Groot cobra vigencia e importancia en la medida en que es corroborado y ampliado por la historiografía contemporánea (Gutiérrez), la cual ha mostrado las diversas formas mediante las cuales los indígenas del actual departamento de Nariño defendían las tierras comunales, negociaban con la élite local realista y ejercían formas de organización política relativamente autónomas. Desde esta perspectiva, la “seducción” bajo la cual estaban estos indígenas no era propiamente la seducción del fanatismo religioso, sin excluirla, sino la ejercida por la creación de nuevos resguardos, y la posibilidad de negociar y disminuir las cargas tributarias. Todo ello en medio de relaciones clientelistas que ataban a los indígenas a la élite realista local.

Otros formidables oponentes de la emancipación en el suroccidente colombiano fueron los patianos. De nuevo fue Restrepo quien les otorgó un lugar importante dentro del relato de los hechos de la independencia al describirlos como hábiles

guerrilleros, en su mayoría negros y mulatos, que hostigaban constantemente a los ejércitos patriotas. Para Restrepo (*Historia 4*, 325) “Solamente la ignorancia, unida a los deseos de aprovecharse del pillaje y del desorden, podía mantener a muchos de los patianos en su obstinada lucha contra la República”.

A pesar de que negros, mulatos e indígenas estaban marcados por la ignorancia y la alteridad racial, los primeros ocupaban un lugar sumamente diferenciado de los indígenas. Estos eran considerados un elemento reactivo y manipulable, mientras negros y mulatos eran descritos como un elemento racial en crecimiento y en expansión, dada su fortaleza física y su resistencia a las condiciones adversas de las tierras bajas. La situación era tal que Restrepo (133) plantea:

Una de las grandes medidas que Bolívar había dictado poco antes fue que se tomaran tres mil esclavos jóvenes y robustos de las Provincias de Antioquia y del Chocó, así como dos mil de Popayán, para aumentar el ejército. El Vicepresidente Santander hizo observaciones sobre esta providencia por la multitud de brazos útiles que se arrancaban de la agricultura y de las minas. Sin embargo, el Libertador Presidente la mandó cumplir, manifestando ser altamente justa para restablecer la igualdad civil y política, porque mantendría el equilibrio entre las diferentes razas de la población. La blanca era la que había soportado el peso de la guerra en Cundinamarca, si continuaba el mismo sistema, la africana sería pronto más numerosa. Por otra parte, cuatro o cinco mil esclavos jóvenes y robustos agregados al ejército prestarían un auxilio poderoso y oportuno para continuar con ventajas la guerra de la Independencia. Por iguales motivos se previno después que en Popayán, sobre todo, se admitieran al servicio de las armas y se concediera la libertad a cuantos esclavos se alistaran voluntariamente, disposición que en breve se generalizó.

Sin embargo, la necesidad de involucrar a toda la población para lograr la victoria y evitar un desangre de los criollos, lo que sin duda convertiría a la futura república en otra Haití, produjo el temor de una guerra de castas, razas o colores.⁸ Este temor fue especialmente intenso en la ciudad de Cartagena, pues “Como desde el principio fue llamada la plebe a tomar parte en los movimientos, a fin de echar por tierra al partido real, ella se

8 Términos utilizados frecuentemente como equivalentes.

insolentó; y la gente de color, que era numerosa en la plaza, adquirió una preponderancia que con el tiempo vino a ser funesta a la tranquilidad pública” (Restrepo, *Historia 1*, 189). Los causantes de esta situación fueron los hermanos Piñeres; en especial, “Gabriel predicaba por todas partes la igualdad absoluta, ese dogma destructor del orden social. Siempre se le veía cercado de negros y mulatos sin educación y quería que los demás ciudadanos ejecutaran lo mismo, bajo la pena de ser tenidos por aristócratas” (203-4).

Para los criollos estaba claro que la revolución no era para todos, ni debía ser un estado permanente. Arboleda (165) lo expresó claramente:

... esa revolución [la revolución social que el distinguía de la revolución de independencia] decimos, dirigida por esos caudillos, ha explotado sin cesar la voz igualdad para solventar la barbarie contra la civilización. El elemento bárbaro en América es nuevo, mientras que la parte civilizada, casi toda de raza europea, es una reducida minoría. Aquí la igualdad de todos, sin consideración a la inteligencia ni a la virtud, equivale a poner el imperio en manos de los bárbaros y tiende a promover la más atroz de las guerras: la guerra de castas que, a Dios gracias, no se ha manifestado todavía.

La argumentación de Arboleda ilustra el temor racial de los letrados que tensiona constantemente la historiografía decimonónica colombiana y muestra la vinculación que estos hacían entre los acontecimientos ocurridos cincuenta años antes y los hechos de su propio tiempo. Arboleda, un conservador caucano, escribe desde una experiencia social marcada por las profundas divisiones y confrontaciones políticas, económicas y sociorraciales que se habían generado en torno a la abolición de la esclavitud, la ampliación de la ciudadanía y la participación política de sectores racialmente marcados en el Estado del Cauca (Sanders).

La situación de las décadas de 1850 y 1860 convoca a la memoria y a la escritura los temores de una guerra de castas en las décadas de 1810, 1820 y 1830, temor que se concentraba en la costa Atlántica colombiana y en figuras como el artesano Pedro Romero y el almirante José Prudencio Padilla, quienes participaron de forma destacada en el proceso independentista.

Marixa Lasso (“Race”; “Un mito”) ha argumentado que las guerras de emancipación fueron fundamentales en la elaboración de una forma particular de representar la nación –que ella denomina armonía racial– que enfatiza la unidad de los neogranadinos y la benevolencia de las relaciones interraciales. Oponiéndose al revisionismo, actualmente hegemónico en la historiografía, Lasso señala que la predicación de la armonía racial no se puede reducir a un proyecto maquiuévico de las élites para lograr la participación de sectores poblacionales marcados por la alteridad racial, sino que también fue un fenómeno expandido y apropiado por estos sectores.

Desde las Cortes de Cádiz, reunidas para solventar el vacío de poder provocado por la invasión napoleónica a la península ibérica y en las cuales estuvieron reunidos diputados de ambos lados del Atlántico, el americanismo, el republicanismo y el patriotismo fueron asociados a la igualdad racial y, por ende, a la enunciación de la armonía racial en América, mientras la opresión racial fue construida y señalada como rasgo hispánico.

La noción de armonía racial continuó siendo útil luego de la emancipación, en la medida en que resaltaba la unidad de la nueva nación contra la amenaza del faccionalismo. Esto permitió que hacia 1824 todas las constituciones políticas de los nuevos Estados nacionales promulgaran la igualdad racial de las *personas libres*. En la costa Atlántica de Colombia, los conflictos surgían por la presión de numerosos grupos que pretendían convertir estas victorias jurídicas en resultados prácticos, lo cual era generalmente interpretado como llamados a la guerra de razas.⁹ El profundo temor que provocaba esta posibilidad es utilizado por Groot (*Historia 4*, 119) para explicar la cancelación del proyecto de emancipación del Caribe:

9 Aunque está por fuera de las pretensiones de este artículo, que se concentra en la escritura decimonónica de la historia, es interesante señalar la contradicción en la historiografía contemporánea sobre el papel de la raza en la costa Atlántica colombiana a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, mientras Aline Helg (*Liberty*) ha planteado que la gente negra escogió variadas formas de revuelta, resistencia y adaptación que no se apoyaron en la raza (acciones legales, redes clientelistas, parentesco ritual, negociaciones políticas, y demostraciones de fuerza), Alfonso Múnera (*Fracaso*) ha argumentado que las solidaridades raciales y regionales caracterizaron las actuaciones políticas de los diversos grupos en la ciudad de Cartagena y, en general, en la costa Caribe.

Entonces se dispuso que la escuadra colombiana, en combinación con la de México, obrara sobre las dichas islas, lo que no habría tenido buen resultado, ni para los libertadores ni para los libertados, que no habrían sido los blancos sino los negros, que bien pronto habrían prevalecido sobre aquéllos. Pero hubo la fortuna de que se atravesase la mediación de la Inglaterra y los Estados Unidos, que desaprobaron el proyecto, por lo cual se abandonó. El gobierno inglés dio bien a entender que la principal razón porque se oponía, era la de no exponer a la población blanca de esas islas a correr la misma suerte que en Santo Domingo.

Las ideas que los criollos propagaron para la formación de la nueva sociedad estaban dentro de la tradición ilustrada, republicana y liberal, pero al mismo tiempo debían estar acordes al estado de la población, sobre todo si estas ideas eran refrendadas por la legislación. En esta medida, nociones como igualdad o soberanía del pueblo no debían ser difundidas ni aplicadas irreflexivamente. En síntesis, las leyes, en la opinión de los letrados, no solamente debían proscribir y prescribir sino que tenían también una función creadora de la sociedad a la cual regulaban, a la que vez que se debían adaptar a las condiciones sociales pre-existentes. En este sentido, la elección del federalismo o del centralismo era un asunto esencial en cuyo núcleo estaba la búsqueda de la armonía entre la legislación y la sociedad. Restrepo (*Historia* 6, 531) hizo una defensa apasionada del centralismo, basada por supuesto en los caracteres raciales:

La Nueva Granada desde 1810 hasta 1816, Buenos Aires, Guatemala y Méjico, son ejemplos y argumentos incontestables de los males que el sistema de gobierno federativo derrama profusamente sobre los pueblos de la raza española en América. Nos alucinamos en otro tiempo cual niños sin experiencia en política, creyendo que podíamos y debíamos organizarnos como los descendientes de la raza anglo-sajona en la América del Norte, a quienes nos supusimos iguales. He aquí el origen fecundo de los males que sufren y que acaso aún sufrirán por mucho tiempo Buenos Aires, Guatemala y Méjico.

José María Samper (*Ensayo* 79) consideraba que la heterogeneidad racial y geográfica de la república hacía inviable cualquier forma de gobierno que no fuera federalista; incluso, que buena parte del

fracaso civilizador de los peninsulares se debía a sus intentos por controlar bajo una sola forma de gobierno la diversidad de grupos y espacios que habían conquistado. Este tipo de sociedades heteróclitas internamente no podía recibir sino un gobierno democrático, pues este era, a su juicio, el único régimen en el cual el mestizaje¹⁰ no encontraba impedimentos. Samper fue uno de los primeros letrados en la América hispánica que defendió vigorosamente el proceso del mestizaje como una forma de integración de los territorios y las poblaciones y como la fórmula para la creación de “Una civilización mestiza, es verdad, sorprendente, difícil en su elaboración, tumultuosa y ruda al comenzar, contradictoria en apariencia, pero destinada a regenerar el mundo, mediante la práctica del principio fundamental del cristianismo: el de la fraternidad!”

Reflexiones finales

La escritura de la historia en el siglo XIX es simultáneamente revolucionaria y antirrevolucionaria. Sus tensiones internas, provocadas en buena medida por su separación del colonialismo, pero no de la colonialidad, la transforman en una verdadera prosa de la contrainsurgencia, dentro de la cual se socava y se vela cualquier alternativa política de los sectores marcados por la alteridad racial, pues a través de estos no habla la civilización y la conciencia sino la irracionalidad y sus taras.

El carácter conflictivo de esta historiografía recae tanto en la contradicción entre las convenciones narrativas europeas y la realidad americana como en los interrogantes surgidos al intentar fundar un Estado nacional en medio de una población

10 El papel del mestizaje en las formaciones nacionales iberoamericanas ha sido objeto en los últimos treinta años ha sido objeto en los últimos treinta años de una fuerte revisión que lo ha reducido a una ideología excluyente. Peter Wade (“Images”; “Rethinking”) ha planteado recientemente que las mezclas raciales y las apelaciones a ellas no solo homogenizan, sino que también crean y mantienen la alteridad y dan frecuentemente lugar a una representación nacional en forma de mosaico. En el mismo sentido, Julio Arias (*Nación*) ha señalado, en esta misma línea, que el mestizaje hizo posible pensar y generar una unidad dentro de la diversidad de origen. A través del mestizaje se buscó unificar la sociedad, modificando las herencias negras e indígenas, pero sin suprimirlas, sino más bien manejándolas diferenciadamente según los valores y características que fueran útiles para el Estado nacional y los intereses de las élites.

heterogénea étnica y culturalmente, la cual se hallaba asentada en un territorio extenso y difícilmente controlable. Es, en definitiva, el problema de cómo incluir dentro de la narración nacional grupos cuya exclusión era el sustento del orden colonial, orden que retornaba indefinidamente en los escritos de los letrados.

La inclusión propuesta por los hombres de letras era una inclusión diferida en un doble sentido, en cuanto que estaba pospuesta en el tiempo y proyectada en un futuro en el cual la nación estuviera de hecho y no solo de derecho unificada, y en cuanto era una inclusión que no suprimía la alteridad, sino que la enunciaba, la enfatizaba, en últimas, la hacía visible. Desde esta perspectiva, la nación se convierte en un espacio liminar, escrito e inscrito, en medio de las historias heterogéneas y las problemáticas localizaciones de la alteridad (Bhabha; Hall).

En la historiografía decimonónica, los peninsulares fueron derrotados y la república marchó en búsqueda de su ingreso al concierto de las naciones civilizadas, pero la inapropiable presencia de la alteridad sigue haciendo trizas el sueño de la nación como un sujeto unificado de la historia. El siglo XX será testigo de la continuidad de la dimensión colonial de las narraciones sobre la nación y de la elaboración de representaciones racializadas de la población, aunque con un discurso marcado por la retórica eugenésica y la medicalización de la sociedad.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Ancízar, Manuel. *Peregrinación de Alpha. Tomo I*. Bogotá: Banco Popular, 1984.
- Arboleda, Sergio. *La República en la América Española*. Bogotá: Banco Popular, 1972.
- Codazzi, Agustín. "Estado del Cauca", *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Vol. 1. Estado del Cauca, provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán; provincias de Pasto, Túquerres y Barbacoas. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*. Eds. Guido Barona, Camilo Domínguez, Augusto Gómez y Apolinar Figueroa. Popayán: Universidad del Cauca, 2002.

- Groot, José Manuel. *Historia eclesiástica civil de Nueva Granada. Tomos I, IV, V*. Bogotá: ABC, 1953.
- Restrepo, José Manuel. *Historia de la revolución de la República de Colombia, Tomo 1* [1969], *Tomo 4* [1969], *Tomo 6* [1970]. Medellín: Bedout.
- Samper, José María. *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada desde 1810 y especialmente de la administración del 7 de marzo*. Bogotá: Imprenta del Neo-Granadino, 1853.
- _____. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas): con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*. París: Thunot, 1861.

Fuentes secundarias y bibliográficas

- Appelbaum, Nancy. *Muddied waters. Race, region, and local history in Colombia, 1846-1948*. Durham & London: Duke UP, 2003.
- _____. Macpherson, Anne y Karin-Alejandra Rosemblatt. "Introduction. Racial nations", *Race and nation in modern Latin America*. Eds. Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin-Alejandra Rosemblatt. Chapel Hill & London: U North Carolina Press, 2003. 1-31.
- Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Uniandes, 2005.
- Bernand, Carmen. "Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico", *Motivos en antropología americanista. Indagaciones en la diferencia*. Ed. Miguel León-Portilla. México: FCE, 2001. 105-33.
- Betancourt-Mendieta, Alexander. *Historia y nación*. Medellín: La Carreta, 2007.
- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Castro-Gómez, Santiago. *La poscolonialidad explicada a los niños*. Popayán: Universidad del Cauca y Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Certeau, Michel De. *La escritura de la historia*. México: U Iberoamericana, 1985.
- Colmenares, Germán. "La 'Historia de la Revolución', por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica". *La independencia: ensayos de historia social*. VV.AA., Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986. 7-23.

- _____. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Tercer Mundo, U del Valle, Banco de la República, Colciencias, 1997.
- Dávila, Luis Ricardo. *La América noble y republicana de fronteras intelectuales y nacionales*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2005.
- Gutiérrez Ramos, Jairo. "Acción política y redes de solidaridad étnica entre los indios de Pasto en tiempos de la Independencia". *Historia Crítica* 33 (enero-junio 2007): 10-37. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Hall, Stuart. "Identidad cultural y diáspora", *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Eds. Santiago Castro-Gómez, Óscar Guardiola-Rivera y Carmén Millán de Benavides. Bogotá: PU Javeriana, 1999. 131-45.
- Helg, Aline. *Liberty & equality in caribbean Colombia 1770-1835*. Chapel Hill & London: University North Caroline P, 2004.
- Lasso, Marixa. "Race war and nation in Caribbean Gran Colombia, Cartagena, 1810-1832". *American Historical Review* 111.2 (abril 2006): 336-61. Washington: American Historical Association.
- _____. "Un mito republicano de armonía racial: raza y patriotismo en Colombia, 1810-1812". *Revista de Estudios Sociales* 27 (agosto 2007): 32-45. Bogotá: U de los Andes.
- Maldonado-Torres, Nelsón. "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto". *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Eds. Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel. Bogotá: PU Javeriana, U Central, Siglo del Hombre, 2007. 127-67.
- Mejía, Sergio. "Estudio histórico de la *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada de José Manuel Groot (1800-1878)*". *Historia y Sociedad* 7 (dic. 2000): 63-85. Medellín: U Nacional de Colombia.
- Mignolo, Walter D. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal, 2003.
- Múnera, Alfonso. *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*. Bogotá: Banco de la República y El Áncora, 1998.
- _____. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta, 2005.
- Ospina de Fernández, Consuelo. "Análisis del texto de Francisco Javier Vergara y Velasco, Novísimo texto de historia de Colombia, 1908". *Memoria y Sociedad* 10, 21 (julio-dic. 2006): 49-67. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder y clasificación social". *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Eds. Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Central y Siglo del Hombre, 2007. 93-126.
- Quintero, Inés. "El surgimiento de las historiografías nacionales: Venezuela y Colombia, una perspectiva comparada". *Historia y Sociedad* 11 (sept. 2005): 93-113. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Restrepo, Eduardo. "'Negros indolentes' en las plumas de los corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX". *Nómadas* 26 (abril 2007): 28-43. Bogotá: Universidad Central.
- Rojas, Cristina. *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Norma, 2001.
- Sanders, James E. *Contentious republicans. Popular politics, race, and class in Nineteenth-Century Colombia*. Durham: Duke UP, 2004.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y "América Latina"*. México: Paidós, 1999.
- Wade, Peter. "Images of Latin American mestizaje and the politics of comparison". *Bulletin of Latin American Research* 23.3 (julio 2004): 355-66. Oxford: Society for Latin American Studies.
- _____. "Rethinking mestizaje: ideology and lived experience". *Journal of Latin American Studies* 37.2 (mayo 2005): 239-57. Cambridge: Cambridge UP.

■ Fecha de recepción: noviembre 24 de 2007.

■ Fecha de aprobación: mayo 19 de 2008.